

gobierno. Convengamos en que el pragmatismo es una ideología como cualquier otra, apoyada en valores (el de la eficacia, por ejemplo) que pueden ser sometidos a discusión tanto como cualquier otro valor. Con Menem se ha instalado en la Argentina una versión extremista del liberalismo de mercado que también opera según valores, aunque no sean los nuestros: la felicidad y el bien común, por ejemplo, surgirían inevitablemente de la prosecución de los intereses individuales en la esfera del mercado. En el siglo XIX, se llamaba «utilitarismo» a versiones más sofisticadas de esta ideología.

La originalidad del doctor Menem

Asistimos a un mestizaje novedoso del liberalismo de mercado con los restos del peronismo. De Menem se esperaba, en 1989 cuando fue elegido presidente, un plan y un estilo político y aparecieron otros. Este transformismo ideológico puede descubrirse en todas partes y elijo para hacerlo dos actos igualmente simbólicos que definen un giro de la cultura política: el de un estadio de fútbol, en 1988, año de plena campaña electoral, y el desfile militar del 9 de julio de 1990. En el medio hubo de todo, pero estos dos extremos parecen suficientemente representativos del cambio de figuras: de Menem salvador y esperanza de los desposeídos a Menem garante de la restauración de los poderosos. Si, en el primer acto, el estilo democrático daba paso a un populismo plebeyo y massmediático, en el segundo, los símbolos de la reconciliación fuerzas armadas-ciudadanía exaltaban el polo militar, coronando la operación que había comenzado por el indulto y cuya culminación el presidente realizó a fin de ese año con la libertad de los criminales militares y civiles que aún estaban presos.

La importancia cultural de este cambio de escenario y de libreto es incalculable, pero se pueden intentar algunas precisiones. La fiesta en el estadio de fútbol recurrió a los símbolos que proliferan en la historia del peronismo y que, justamente por eso, despliegan una serie de valores que aparecen unidos, aunque no realizados por completo, en esa historia: Menem se presenta todo vestido de blanco, como esperanza de reparación de las injusticias, como defensor de los humildes, como político que, llegando desde el interior del país y arraigado en el corazón mismo del movimiento de masas, sabrá interpretar deseos e intereses porque también son los suyos; pronuncia un discurso donde la promesa está referida a un futuro cercano y recurre a palabras que pertenecen a la tradición de su auditorio: trabajo, salario, bienestar, justicia. Expone con las figuras retóricas del populismo y se coloca en un lugar que había quedado vacío: líder carismático, dirigente surgido al margen de las estructuras burocráticas, hombre del interior

frente a los políticos de Buenos Aires, respetuoso de las jerarquías del movimiento (y la inclusión de dirigentes sindicales en el palco no hace sino probarlo).

Bajo esta figura, Menem comienza el camino del candidato y la refuerza en una campaña electoral que se alimenta de su propio cuerpo exhibido como garantía a bordo del *menemóvil*: pone su cuerpo en el teatro político, para ser visto y tocado como caución material del mensaje que trae. En el acto del estadio de fútbol, ese cuerpo adquiere características estelares y se vuelve sublime (según la estética del rock) en la iluminación de los focos que lo van siguiendo por el campo de juego; en las procesiones de la campaña, el cuerpo gira sobre un escenario en movimiento: se lo ve llegar, se lo ve pasar, la gente puede seguirlo. Está allí, desplazándose, levemente distante pero, también creando la ilusión de la proximidad. Uno de los intelectuales del menemismo comentaba, durante la campaña electoral, que allí donde no llegaba el verdadero *menemóvil*, bien podía simularse un *menemóvil* coronado con la foto del candidato.

Pocos meses después, el nuevo Menem, ya presidente, el del desfile militar del 9 de julio, demostró que esa cita cultural del peronismo de los años cincuenta, procesado por la estética televisiva en los actos de la campaña, era precisamente eso: una cita, un fragmento espectacular puesto entre comillas. El resultado electoral cerró las comillas y la cita terminó.

El escenario del desfile es bien distinto: las fuerzas armadas se extendieron, literalmente, por las calles de la ciudad; el presidente, inmóvil, contempló esta extensión en movimiento, acompañado por su gabinete en pleno. Si, formalmente, las fuerzas armadas se mostraban ante los poderes de la república, sustantivamente, los poderes de la república, con sus miradas fijas sobre el desfile, construían un espacio de legitimidad para el despliegue de la institución más profundamente cuestionada en la Argentina del siglo XX. Menem, que cree de verdad en los artefactos culturales, había demostrado la necesidad de este desfile como prueba de una refundación de la alianza sociedad-ejército.

Con el talento que tiene para el exceso, Menem mostró que el indulto a los militares que dirigieron la represión de los años setenta era insuficiente (una ley y no un hecho de cultura) y que la reivindicación debía extenderse sobre la dimensión simbólica. La cuestión de las fuerzas armadas, importante en toda reforma del Estado, plantéese como se la planteó, había encontrado principios de resolución, y las cinco horas del desfile, un largo plano, secuencia en las pantallas televisivas, por su tedio, obligaban a pensar en otra cosa: la reiteración visual tenía un profundo sentido ideológico, porque a través de la repetición y la sobreabundancia se escuchaba un solo tema: la etapa de discusión sobre el pasado está clausurada y, al mismo tiempo, también se clausuraba cualquier discusión en

la sociedad acerca de un futuro ya decidido. Menem reconciliaba a su gobierno con las fuerzas armadas y este hecho anunciaba otras alianzas: la del menemismo con los factores de poder económico locales y con los Estados Unidos.

En un país fuertemente presidencialista, como lo es la Argentina, el jefe del ejecutivo define el tono de lo público. A un presidente con gusto por las ideas generales, como era Alfonsín, sucede un hombre que hace del antintelectualismo su bandera. La banalidad de Menem, perfectamente massmediática en su reiteración obcecada de unas pocas ideas, se une con el cinismo que le permite arrojar hacia el pasado aquellos valores, incluidos también en la tradición peronista, que remiten al ideal de una sociedad justa.

El estilo de Menem tiene un peso importante en la coyuntura político-cultural: su desprecio por las ideas, la tendencia a cerrar las cuestiones más complejas según las recetas de una solución simple, su desapego a las formas discursivas y deliberativas de la política, construyen un modelo que, por el momento, potencia los reflejos menos deseables de un sentido común modelado en la victoria mercadocrática a través de los medios de comunicación de masas. Las consecuencias son graves porque, precisamente hoy, la política deliberativa y el funcionamiento institucional serían las únicas cauciones de una voluntad presidencial perfectamente adecuada a la moral, la estética, la ideología massmediáticas y los intereses de los poderosos. Los valores que tienen como horizonte una sociedad solidaria, justa e igualitaria son reemplazados por un *darwinismo de mercado* que dejará marcas profundas en la concepción de lo estatal y lo público.

El otro rasgo de la cultura actual, que merece ser destacado, es el hiato entre política y sociedad, especialmente entre política, sentido de lo público y cultura juvenil. Este problema, que la Argentina también comparte con Occidente, se acentúa cuando los partidos democráticos no encaran una reflexión y un cambio de estrategia para dar nuevo significado a la política y a las prácticas institucionales. Lo dicho apunta a definir un momento conservador en la cultura argentina: tiempos oscuros para hacer política y trabajar en la dimensión simbólica de lo social, pero, a la vez, tiempos en que la política es, por ello mismo, indispensable.

La imaginación política

Si hace veinte años podía pensarse que el futuro pasaba por América Latina, hoy Europa es la imagen, a la vez prometedora y amenazante, del futuro, con sus incrustaciones de arcaísmo y particularismos que sólo se vuelven visibles con los procesos de los países del Este y del Adriático.

François Furet ha dicho de la Revolución Francesa que fue el período de agudización espectacular de una conciencia histórica que, poseída por el cambio, lo convertía en su gran tema. Probablemente, Europa vive hoy un tiempo vertiginoso donde se acumulan hechos hasta ayer considerados imposibles en el corto plazo por los mismos protagonistas que, movidos por la idea de que el futuro se aproxima, se desplazan en el sentido del cambio con la conciencia del carácter histórico de sus actos. Y este juicio, desde un afuera relativamente remoto como es la Argentina, no parece una exageración. De algún modo, los sucesos europeos pueden ser vistos como final de una era que se había inaugurado en la segunda posguerra, cuando Churchill pronunció, por primera vez, la fórmula «cortina de hierro», exitosa metáfora de la división entre «capitalismo» y «comunismo». De este mundo, que desmiente la muerte de la historia, Argentina está bien lejos, y sectores importantes del progresismo político que hubiera debido captar el sentido de estas transformaciones y, también, de las locales, atraviesan un momento de estupor no bien se separan del stock de respuestas conocidas, incapaces de enfrentar la situación actual, caracterizada por los problemas abiertos por una *conciencia nueva de los derechos humanos* y la iluminación de las *relaciones entre ética y política*.

Enfrascada en la crisis, asombrada por el giro que el menemismo impulsó respecto de las tradiciones culturales y el folklore político del peronismo, la franja ideológica democrática y de izquierda se enfrenta a una pregunta sobre el futuro que, al mismo tiempo, la remite a lo hecho en el pasado. En este escenario se impone, quizá con buenos motivos, el desconcierto. La situación ha cambiado dramáticamente: ayer nos preguntábamos si la democracia podía subsistir en Argentina; hoy la cuestión es, por lo menos, tan desgarradora. ¿Qué será este país en diez años? ¿Cuál será la fractura que separe a ricos de pobres, a quienes acceden a los servicios y a los que quedan suspendidos en los espacios que el Estado ya no garantiza? ¿De qué índole serán las desigualdades irreparables en el mediano plazo y a cuántos afectará este proceso de un modo que impedirá para siempre su incorporación al trabajo y al consumo? ¿Qué pasará ideológica y culturalmente con un país que, en este siglo, había incorporado masas a la ciudadanía social y hoy las expulsa?

Del diagnóstico sin propuestas a la política como mirada: ¿la fórmula podría describir el estado actual de nuestro discurso, el de muchos de los intelectuales y políticos de la franja progresista?

Examinemos algunas condiciones actuales. Se ha producido un cambio de eje y se ha reordenado la jerarquía de valores que fundamentan la acción política y, en consecuencia, los temas que se reconocen como problemas principales. A partir de la derrota de la aventura militar en las Malvi-

nas y hasta el intento *carapintada* de Semana Santa, la democratización de la sociedad y del sistema institucional estaban en el centro de la política; el discurso se articulaba alrededor de «sistemas de partidos», «cultura política democrática», «participación», «extensión de los derechos», etc. Estas nociones definían el color y el tono de la esfera pública y obligaban a sus participantes a colocarse respecto de ellas. Coexistían, naturalmente, con otras, pero no cedían la función organizadora. En el interior de esta área de cuestiones, por supuesto, se desplegaban los desacuerdos y las polémicas, pero era posible convenir en una problemática común. La iniciativa estaba todavía del lado de lo político y, en este sentido, la figura presidencial de Alfonsín imponía un perfil fuertemente politicista.

Dificultades

Como se ha tratado de mostrar, hoy las cosas han cambiado. Es hora, entonces, de reflexionar sobre las dificultades de construcción cultural en un país que es parte de los procesos planetarios de massmediatización y despolitización, al mismo tiempo que está realizando un curso acelerado de transformaciones económico-sociales.

La política adquiere un sentido para la sociedad cuando logra convertir la protesta, el malestar y la necesidad en propuestas que la injusticia y la privación no pueden producir libradas a su propia dinámica. El empuje de la revolución neoliberal y su impacto en la cultura audiovisual produce incertidumbre y desconcierto precisamente allí donde es necesario un acto de imaginación de nuevas alternativas.

Es preciso trazar el mapa de los nuevos problemas (el diagnóstico no puede tomarse de la derecha modernizadora) y admitir, al mismo tiempo, que carecemos, en nuestra tradición local, de los instrumentos necesarios para abordarlos: la cuestión del Estado, cuya reforma ocupa hoy no sólo a la sociedad argentina (en sus dimensiones administrativa y de producción de servicios, pero, sobre todo, en su función de tutela del bien común que se opone al perfil de un Estado privatizado); la cuestión de la seguridad (que tiene que ver con la capacidad técnica, administrativa y económica del Estado para cumplir sus funciones, precisamente aquellas que hacen que ese Estado sea legítimo ante la sociedad); la crisis urbana y la privatización de la idea misma de ciudad y de su gestión, vinculada con la tendencia a generar guettos urbanos según líneas socioeconómicas que destruyen el paisaje social de ciudades argentinas relativamente integradas; el desencanto de la política, que si es un problema generalizado en Occidente, se

agudiza en la situación local por la pérdida de legitimidad institucional y partidaria, y por las tentaciones antipolíticas presentes en el gobierno.

Acá hay páginas de una agenda cultural y política. Dos nuevos ejes temáticos deben aparecer en el orden del día: modernización y liberalismo. Nos ha llevado años hacernos cargo de estas cuestiones y no puede decirse que hoy exhibamos un programa estructurado sobre ellas. Un sistema de juicios y prejuicios, que están fechados en las últimas tres décadas, cooperó para que fueran difícilmente visibles, aunque estaban allí para quien quisiera verlas. La ofensiva neoliberal se ha adueñado del campo y tiene la capacidad de generar iniciativas, sin que las respuestas que obtiene desborden la cuestión metodológica (cómo proceder) o la crítica que se hace fuerte en consignas del pasado. Mientras tanto, en la Argentina tenemos un Estado que, en lugar de reformarse, se extingue. La nación que se construye con el discurso actual será profundamente injusta y todo indica que se pulverizarán las bases sociales de democracia que todavía subsistían. La condición de emergencia y arraigo de los partidos tiene que ver con la capacidad de descubrir lo nuevo que está sucediendo en la sociedad. Nuevos partidos transformadores y viejos partidos transformados no saldrán sólo de la inercia de la crisis: las necesidades libradas a su propio juego no producen política, sino estallidos o desesperanza. Nuevos partidos (o partidos históricos renovados) podrán surgir en la medida en que un acto de creación política les dé origen y sustento; lo que aparece como necesidades no respondidas (inaludibles, en el límite) debe ser construido como diagnóstico, como problema y como proyecto de reparación. El desafío exige saber que la política no es seguidismo de la opinión pública sino, precisamente, construcción de esa opinión. La política, por lo menos aquella que deja sus huellas en el tiempo, no es diagnóstico de lo seguro sino imaginación que fuerza los límites de lo posible, sabiendo, a la vez, que éstos existen duramente.

Beatriz Sarlo